

Luis MORENO y Adré LECOIRS (editores)

Nacionalismo y Democracia.

Dicotomías, complementariedades y oposiciones

Centro de Estudios Políticos y Constitucionales. Madrid, 2009

“Nacionalismo y democracia representan dos de las más importantes ideas y principios políticos de la modernidad”. De esta contundente y acertada manera, inician los sociólogos políticos Luis Moreno (España) y Adré Lecours (Canadá) su volumen, fruto maduro de los embrionarios trabajos desarrollados en el congreso internacional sobre “Nacionalismo y democracia”, celebrado durante septiembre de 2008 en Madrid.

Efectivamente, en ocasiones el nacionalismo se presenta perfectamente congruente con la democracia al reivindicar el progreso, la libertad y la igualdad; si bien otras veces nacionalismo y democracia aparecen confrontados al producir el primero elementos de exclusión y sentimientos de intolerancia, y el segundo frustración por restringir su definición a un modelo representativo de carácter mayoritario. Por tanto, como bien se refleja a lo largo de las 445 páginas de la monografía, la relación entre ambos no está exenta de tensiones y paradojas.

La categoría del nacionalismo nos remite a otras de las ciencias sociales como son la identidad colectiva, la movilización territorial o el cambio institucional y político; mientras que, por su parte, la democracia atañe actualmente a fundamentos esenciales como la participación política o la soberanía popular. Tal y como señalan Moreno y Lecours en el capítulo introductorio del volumen, el nacionalismo y la democracia constituyen procesos que se refuerzan

mutuamente, puesto que conceptualmente ambos se anclan en nociones de soberanía popular y gobierno representativo. De hecho, normativa y originariamente ambos cuestionan aquellas formas de organización política no legitimadas por el pueblo.

Más allá de esa introducción en la que los editores ubican e individualizan la temática de una parte, y realizan una breve recapitulación de los principales enfoques analíticos que han venido tratando la problemática en cuestión; el volumen reproduce una serie de contribuciones que aportan, tanto reflexiones teóricas como análisis de casos, con el objeto de arrojar luz acerca de la interacción entre las mencionadas categorías políticas. Una tarea que se realiza desde una ambiciosa pluralidad de ángulos de observación y crítica, por medio de un contraste de enfoques que supone la principal riqueza y valía del texto.

Las mencionadas contribuciones quedan estructuradas en dos secciones totalmente diferenciadas. De una parte, la teórica que incluye los capítulos que van del segundo al quinto, redactados por William Safran, Ilan Peleg, Benyamin Neuberger y Sergey Akopov. De otra parte, la de los estudios de caso que incluye los capítulos que van del sexto al décimo quinto, obra de Pedro Ibarra y Ramón Máiz, Ray Taras, Elena Meleshkina, Teddy Florea, Olga Malinova y Philipp Capsula, Ilana Kaufman, James Scarritt, Allan Craigie, Adrian Guelke, y Enrique Martínez-Herrera.

La sección teórica aporta cuatro enfoques analíticos diferenciados: 1A) En primer lugar, la contribución de William Safran indaga en torno a los efectos del multiculturalismo en la unidad nacional y democrática de los países. Por ello, sugiere que no todas las culturas y políticas multiculturales afectan de idéntica manera la coherencia nacional y las prácticas democráticas, y pondera cómo enfocar la diversidad en estados como Alemania, Francia, Holanda y Reino Unido en Europa, o Canadá y Estados Unidos en Norteamérica. 1B) Por su parte, Ian Peleg se interesa por las maneras alternativas en que pueden articularse los Estados que poseen profundas divisiones sociopolíticas y, especialmente, aquellos que se autodefinen como etno-nacionales. 1C) De otro lado, Benyamin Neuberger analiza la relación entre democracia y autodeterminación nacional. A pesar de que ésta última resulta *a priori* un incontestable principio democrático por la implícita asunción conceptual de gobierno legítimo o con consentimiento que acarrea, Neuberger argumenta que la problemática es mucho más compleja porque ninguno de los tradicionales métodos utilizados para obtener la autodeterminación de los grupos deja de ser problemático desde una perspectiva democrática. 1D) Por último, Sergey Apokov sugiere que el proceso de construcción de la identidad colectiva inherente al nacionalismo no necesita inexorablemente de la construcción de un enemigo exterior, algo que suele propiciar conflictos.

De otra parte, la sección de estudios de caso y análisis comparativos agrupa otras diez contribuciones: 2A) En la primera de ellas, Pedro Ibarra y Ramón Máiz

proponen un marco analítico que intenta ofrecer claves explicativas para comprender el éxito de algunos movimientos nacionalistas sub-estatales en contextos liberales y democráticos. Particularmente, se centran en el exitoso caso gallego del Bloque Nacionalista Galego, al que oponen el fracaso del Movimiento de Liberación Nacional Vasco, en Euskadi. 2B) Por su parte, Ray Taras sostiene que los valores no democráticos de ciertos sectores de algunas sociedades pueden canalizarse hacia un nacionalismo estatalista a través de partidos que puedan tener –oculta o explícita– una agenda política xenófoba; y pone como ejemplos los casos de Francia y Polonia. 2C) De otro lado, Elena Meleshkina acude al ámbito postsoviético para indagar acerca de las tensiones entre democracia y democratización. Particularmente, estos países comparten tanto una identidad como un legado imperial comunes, que promueven similares problemas de consolidación estatal, delimitación de fronteras y estructuración política. 2D) En su contribución, Teddy Florea examina cómo las instituciones políticas pueden ofrecer un marco deliberativo con objeto de hacer más fluida y menos tensa la relación entre grupos étnicos mayoritarios y minoritarios, haciendo una particular referencia a los casos de Bulgaria y Rumania. 2E) A su vez, Olga Malinova y Philipp Casula examinan la relación entre democracia y nacionalismo desde la perspectiva de los discursos políticos, utilizando como referencia analítica el supuesto de la identidad nacional y política en Rusia a inicios de la década de los noventa. 2F) Iliana Kaufman, que examina los efectos de los proyectos *nacionalizadores* en los procesos

de democratización, alude específicamente al caso de la minoría árabe en Israel, con objeto de verificar un modelo que explique la conducta de las minorías nacionales en Estados *nacionalizadores*. 2G) Por su parte, James Scarritt analiza las interacciones entre nacionalismo de Estado, etnopolítica y democratización en el específico caso de Zambia. 2H) A su vez, Allan Craigie sostiene que las interpretaciones tradicionales acerca de las problemáticas derivadas del nacionalismo sub-estatal se fundan en prejuicios debidos a que ese tipo de nacionalismo atenta contra el “orden establecido”. En este sentido, argumenta la existencia también de un nacionalismo mayoritario o estatalista cuyas interacciones con el nacionalismo sub-estatal son cruciales para el entendimiento de las relaciones políticas en el seno de las sociedades profundamente divididas. 2I) De otro lado, Adrian Guelke analiza la gestión del conflicto norirlandés planteándose hasta qué punto el “Acuerdo de Saint Andrews” de 2006, representó un triunfo para la democracia consociacional o fue, tan sólo, el fruto de una cooperación estrecha entre los gobiernos del Reino Unido y la República de Irlanda. 2J) Por último, Enric Martínez-Herrera postula una relación causal no recursiva entre las dos fuentes principales de legitimación de los sistemas políticos en la mayoría de los Estados democráticos contemporáneos: la identificación con la comunidad política y los ideales democráticos.

Luis Moreno y André Lecours culminan el volumen con un último capítulo que compendia algunos de los principales hallazgos y conclusiones obtenidas por el mencionado ramillete de especialistas a lo

largo de las dos secciones que componen el libro. Como bien indican los editores, este capítulo final no pretende ser un listado estructurado de resultados y propuestas analíticas, sino una síntesis temática de asuntos relevantes que pueden sugerir vías a transitar en futuras investigaciones.

En este sentido, las diferentes contribuciones pueden a su vez agruparse en torno a tres principales enfoques de investigación. El primero de ellos versa acerca de cómo la democracia convive con el nacionalismo cuando implica el desafío de grupos minoritarios a una situación sociopolítica concreta o a una forma institucional (generalmente estatal) determinada. El segundo aborda el impacto del nacionalismo estatalista o mayoritario en las prácticas democráticas y en la “calidad democrática” de las manifestaciones estatales. Mientras que el tercer y último de los enfoques trata sobre las transiciones y consolidaciones democráticas, así como el consiguiente análisis de cómo el nacionalismo condiciona tales procesos.

Con respecto al primero de los enfoques se pueden distinguir dos aproximaciones claramente diferenciadas entre las contribuciones del volumen. De una parte, la que versa sobre la compatibilidad del nacionalismo sub-estatal con la democracia (Craigie analiza la relación y ejemplifica la naturaleza liberal y democrática del nacionalismo escocés, mientras que Neuberger concluye que la consideración del concepto de “autodeterminación nacional” como “democrático” resulta simplista). De otra parte, la que incide sobre la forma que la democracia puede tomar a fin de acomodar la diversidad cultural y nacional (Mientras que para Safran, la gestión de la diversidad cultural es uno de los retos

cruciales que confrontan las democracias avanzadas, sobre todo en relación a las reivindicaciones de mayor representación de las minorías y el establecimiento de partidos “etnoterritoriales”. Florea muestra que para los casos búlgaro y rumano, dichos partidos no siempre se encuentran en los márgenes periféricos de la vida política. Por su parte, el análisis de Guelke respecto a la situación norirlandesa sugiere que un marco institucional de poder compartido puede ofrecer posibilidades reales de gobernanza democrática en sociedades escindidas; mientras que Kaufman, en referencia a los árabes en Israel, apunta que si una minoría ve incrementado su poder desde el interior del Estado, intentará convertirse en un autor autónomo tanto de su patria transfronteriza, como del estado en el que se alberga).

En relación al segundo de los enfoques, varias de las contribuciones inciden en la relación entre el nacionalismo estatalista y la democracia. En este sentido, se pueden extraer al menos tres consideraciones principales: (a) el nacionalismo no es sólo un fenómeno de minorías (tal y como expone Martínez-Herrera al indagar acerca del juego de las identidades nacionales –tanto mayoritarias como minoritarias– rivales y el proceso de democratización); (b) el nacionalismo estatalista no es inmune a la etnicidad y a la cultura (como vimos que señalaba Taras para los casos de Francia y Polonia, o como defiende Peleg que, más allá de la pretendida “neutralidad” estatal, se promueve la cultura de la mayoría, especialmente en sociedades divididas); y (c) el nacionalismo estatalista tiene efectos sobre las prácticas democráticas (como se sugiere especialmente en los

capítulos que analizan, bien las situaciones en España –Pedro Ibarra y Ramón Máiz–, bien las situaciones en Rusia –Meleshkina o Malinova y Casula).

Por último, con respecto al tercero de los enfoques, los editores también apuntan dos observaciones generales. De una parte, la incidencia del nacionalismo estatalista no es fija sino variable (tal y como demuestran Scarritt para el caso de Zambia, y Meleshkina para el de los estados postsoviéticos de la Europa oriental). De otra parte, la trascendencia de la orientación del discurso (como reflejan Malinova y Casula en el caso del discurso estatalista ruso de inicios de la década de los noventa, o como deslizan Ibarra y Máiz en el caso de ciertos movimientos nacionalistas en Galicia y el País Vasco, dentro de España).

Con carácter general, el volumen editado en 2009 por el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales deja abiertas algunas vías que bien pueden constituir líneas futuras de investigación. En ese sentido, cabe señalar la acomodación estatal de la diversidad, ya que en muchos de los capítulos subyace la pulsión analítica de cómo procurar la articulación institucional de la diversidad en el seno de los estados. Pero también es digno de reseñar el potencial democrático del nacionalismo subestatal, ya que más allá de la tradicional sospecha con que son contemplados, este tipo de nacionalismos, pueden convertirse en factores de profundización democrática (calidad democrática) en condiciones institucionales consensuadas y legitimadas, con la aplicación de los principios de subsidiariedad territorial, y la rendición de cuentas en contextos de gobernanza múltiple.

Como hemos podido comprobar, tanto el nacionalismo como la democracia constituyen categorías analíticas cuya combinación presenta enormes dificultades pero también considerables retos para el analista social. En ese sentido, como bien resume el título acertadamente escogido por Luis Moreno y André Lecours, la imbricación de ambos conceptos puede derivar en dicotomías, complementariedades e incluso oposiciones.

JORGE TUÑÓN
Universidad Complutense de Madrid